FRANCISCO GARCÍA PACHECO y LUIS GRAJALES

LO QUE DICEN LOS OTROS

COMEDIA

EN TRES ACTOS, ORIGINAL

Copyright, by F. García Pacheco y L. Grajales, 1918

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

N.º de la procedencia
4166.

LO QUE DICEN LOS OTROS

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le spays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

LO QUE DICEN LOS OTROS

COMEDIA EN TRES ACTOS

original de

FRANCISCO GARCÍA PACHECO y LUIS GRAJALES

Estrenada en el TEATRO INFANTA ISABEL el día 28 de setiembre de 1918

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO, M 551

1918

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
AURORA	Antonia Plana.
LAURITA	Margarita Díaz.
DOÑA MERCEDES	Lis Abrines.
DOÑA SOLEDAD, marquesa del Lirio	Manuela Valls.
LUISA	Eugenia Vera.
CONDESA DEL ÁLAMO	Matilde Muñoz Sampedro.
MARGARITA	Pilar Roig.
TERESA	Teresa Fárvaro.
ALFONSO	Rafael Bardem.
PEPE ROBLEDO	José Hortelano.
DON JAIME PUJOL	José Rausell.
CÁNDIDO DE BELIS	Emilio Díaz.
DON FERNANDO	Antonio Aguirre.
DON PEDRO	Luis Alcaide.
ENRIQUE	Manuel Domínguez.
CRIADO	Juan Vázquez.
MAYORDOMO	Enrique Navas.

ACTO PRIMERO

Saloncito lujoso en casa de don Jaime Pujol. Puerta grande al foro y dos laterales. Muebles de buen gusto y modernos. En los ángulos estatuítas colocadas sobre columnitas. En el forillo un par de macetas

ESCENA PRIMERA

AURORA, DOÑA MERCEDES y DON JAIME. (Este muy abstraído en la lectura de un folleto)

AUR. Yo tengo una alegría muy grande, tía.

MERC. Y yo, hija mía. ¡Hace tanto tiempo que no le vemos! Ya creía que no le volveríamos a ver más. ¡El mar tiene tan malas bromas!

AUR. ¿Tú no te has embarcado nunca?

MERC. Sí, hija mía. Dos veces.

AUR. Y dime, ¿qué impresión produce?

MERC. Yo no lo sé muy bien, porque de las dos veces que me embarqué, una fué en el Parque de Barcelona y la otra en el estanque del Retiro.

AUR. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosísima eres! ¿A eso llamas embarcarte? Siguiendo tu teoría yo puedo decir que nado todos los días en el baño.

JAIME ¡Esto es horroroso! ¡Esto es brutal!

MERC. ¿Qué te pasa, hombre?

AUR. ¿Qué te ocurre, tío?

JAIME ¿Qué me ocurre? ¡Friolera! Si es para desesperarse. Figuraos, queridas mías, que acabo

720518

de recibir esta memoria de la Sociedad Agrícola de Nápoles y en ella he visto con estupor que en mil novecientos quince no se han cosechado en el séptimo distrito agrario más que doscientas treinta y dos mil setecientas catorce toneladas de remolacha.

MERC. ¡Qué importancia concedes a todas esas tonterías!

AUR. Parece mentira que un hombre tan formal se preocupe y tome en serio las estadísticas.

JAIME Tú no puedes comprender estas cosas, Aurora.

AUR. Eso es lo que tú crees. Tú serás un hombre formal, serio, grave... Ja, ja, ja, ¡qué me río yo siempre de la gravedad de los hombres graves! Cuanto más formal es una persona, más seguro es encontrar en ella un lado cómico, y si quieres, ridículo.

JAIME ¿Y yo tengo también ese lado cómico?

AUR. Y tanto. No importa que hayas sido Ministro varias veces, que lo seas también ahora y que los periódicos hayan publicado tu retrato poniendo debajo: «El Ministro de Hacienda don Jaime Pujol y Roig, gran financiero y una de las más prestigiosas figuras del partido unionista», para que tengas tu lado cómico. Y ese lado es tu chifladura por las estadísticas.

MERC. Yo creo que lo que debías hacer ahora es preocuparte de tu hermano. Estoy convencida de que llegará a la estación y no habrá nadie esperándole.

JAIME Calla, mujer; no faltaba otra cosa. ¡Pobre hermano mío! Después de tantos años de ausencia, ¿crees posible que no me encuentre en la estación ansioso de estrecharle en mis brazos? Catorce años hace que no le veo. ¡Catorce!

ESCENA II

DICHOS y CANDIDITO, foro izquierda

CÁND. Con permiso.

JAIME ¡Hola, Candidito!

CÁND. (¡Qué hermosa está!) (Por Aurora.)

JAIME ¿Ocurre algo?

CÁND. Que he terminado todas las estadísticas que usted me encargó acerca del consumo de las subsistencias.

JAIME Veamos.

CÁND. Las cifras son las siguientes: (Leyendo en un papel.) La cosecha de garbanzos en Fuentesauco en el año mil ochocientos noventa y seis, fué, reducida a kilogramos, de ciento cincuenta y siete mil cuatrocientos ochenta y ocho. Suponiendo que se empleen doscientos cincuenta gramos de garbanzos en el cocido para cada familia de cinco personas por término medio, tendremos el resultado de que Fuentesauco produjo en dicho año lo suficiente para seiscientos veintinueve mil novecientos cincuenta y dos cocidos, que alimentaron un solo día a tres millones ciento cuarenta y nueve mil seiscientas diez personas. Resultado final: que bastaron tres millones ciento cuarenta y nueve mil seiscientas diez personas para dar al traste en media hora con toda la labor de los labradores de Fuentesauco.

JAIME De lo cual se desprende una gran filosofía: que la humanidad es una terrible devoradora. Bien, Candidito. Tú serás un hombre de provecho para la patria y a mi lado llegarás cuando menos a Director general. Yo te lo prometo.

CÁND. (Cada día es más bonita. ¿Le gustará ser directora generala?) (Mutis foro izquierda.)

ESCENA III

DICHOS menos CANDIDITO

AUR. Tío: yo creo, dicho sea con todos los respetos, que tú vas a acabar en Leganés, llevándote a Candidito contigo.

MERC. Pero, Jaime, por Dios, ¿no harás tarde para recibir a tu hermano?

JAIME Voy a irme en seguida, mujer.

ESCENA IV

DICHOS, CRIADO, foro derecha

CRIADO Señor. Los señores marqueses del Lirio.
JAIME Que pasen.
MERC. Y diga usted que preparen el té (Mutis el Criado foro derecha.) No te entretengas, Jaime.
JAIME No, mujer. ¿Qué voy a entretenerme? No faltaba más. ¡Mi pobre hermano!

ESCENA V

DICHOS, LAURITA, DOÑA SOLEDAD y DON FERNANDO, foro derecha

LAU. ¡Señor don Jaime!
JAIME ¡Encantadora Laurita!
SOL. ¡Mi querido don Jaime!
JAIME ¿Cómo está usted, señora?
LAU. ¿Está usted bien, doña Mercedes?
MERC. Muy bien, hija mía.
LAU. ¿Y tú, picarona?
AUR. Enfadada contigo.
FERN. ¡Mi querido amigo!
JAIME ¡Cuánto tiempo, don Fernando!
SOL. ¡Amiga doña Mercedes!
MERC. Ya me tenía usted olvidada.
SOL. De ninguna manera, sino que usted no sabe...
FERN. Tanto gusto, mi respetable doña Mercedes. ¡Hola, Aurorita! Cada día más linda.
AUR. Es usted muy amable.
(Las Señoras hacen que hablan en voz baja.) (1)
FERN. ¿Cómo va esa política, don Jaime?
JAIME Muy tranquila, mi querido amigo. Por ahora no creo que haya crisis.
FERN. Pues hoy se ha comentado mucho la dimisión del subsecretario de su departamento.
JAIME No existe el menor motivo para ello.
FERN. Sin embargo, algunos querían sacarle pun-

---

(1) Colocación de derecha a izquierda: Don Jaime y don Fernando; Laurita y Aurora; doña Soledad y doña Mercedes.

ta a la dimisión, considerándola como motivo de disgustos en el Gobierno.

JAIME Seguramente porque son tantos los aspirantes al cargo, que tendré que dejar a muchos descontentos.

FERN. Pues celebro que no sean ciertos los rumores.

JAIME Muchas gracias.

(Continúan el diálogo en voz baja.)

LAU. Estuve la otra tarde en Royalty y vi unas películas preciosas. ¿No has visto «La eterna flor del amor»?

AUR. No.

LAU. Es preciosísima. Hay dos novios que se quieren mucho, y a cada momento están abrazándose y dándose unos besos muy largos, muy largos.

AUR. Por eso no me gusta el cine. Todo se vuelve besos y más besos, y la verdad, la da a una vergüenza. Ha habido película que me ha sacado los colores.

LAU. Sí, pero como estamos a oscuras no se nota.

(Bajan la voz.)

MERC. Pero, Jaime, ¿que vas a llegar tarde a la estación?

JAIME Ah, sí, es verdad; me voy inmediatamente.

SOL. Cómo. ¿Esperan ustedes a alguien?

MERC. A mi cuñado.

JAIME A mi hermano Alfonso. El último hermano que me resta de seis que fuimos.

FERN. Pues no le conocemos.

JAIME No es extraño, porque nadie le conoce en Madrid. Alfonso ha sido siempre un carácter muy raro. Era el más pequeño de la casa y estaba acostumbrado a salirse siempre con sus gustos. Esto le hizo contraer ciertas aficiones un poco extrañas. Gustaba del retraimiento, de la soledad; el campo y el mar fueron siempre sus dos grandes pasiones. Le era molesto el trato de gentes, porque de los extraños estudiaba siempre el lado malo y la Humanidad entera le parecía defectuosa. El no quiso jamás salir de Barcelona, mejor dicho, de su torre. Yo le traje a Madrid y quise encauzarle por la vía de la política. Ya ven ustedes si al lado mío hubiese hecho una carrera brillantísima.

SOL. Ya lo creo.

FERN. Hubiera llegado a ministro como usted.

JAIME Pues me fué imposible. A los dos meses de tenerle en Madrid, una noche, sin decir nada a nadie, tomó el rápido y a Barcelona.

LAU. ¿Sin despedirse?

JAIME Es otra de sus rarezas; pero me dejó una carta en la cual me decía: «La política es un conjunto de pasiones bajas y en ella no medran más que los que sirven para doblar mucho la cintura y arrastrarse por el polvo de la adulación. Todos los políticos son unos egoístas y tú el primero, querido hermano. Hasta la vista.»

FERN. Qué hombre más estrambótico.

SOL. Es graciosísimo.

JAIME Después me escribió diciéndome que se iba a viajar por mar. El tenía su carrera de marino, y hastiado de todo en la tierra iba a convertir en profesión lo que estudió por sport. De esto hace catorce años. Figúrense ustedes qué sorpresa para todos cuando recibimos ayer un telegrama anunciándonos su llegada.

SOL. Naturalmente.

MERC. Pero, Jaime, que vas a llegar tarde.

JAIME Me voy, mujer; me voy ahora mismo. Ustedes serán tan amables que me dispensen.

FERN. No faltaba más.

JAIME Entonces, con su permiso. A los piés de usted, señora Marquesa. Adiós, nena.

LAU. Adiós, don Jaime.

FERN. Hasta luego. Nosotros esperaremos, tal vez, para conocer a su hermano.

JAIME Tendré en ello un verdadero placer. (Mutis foro derecha.)

ESCENA VI

DICHOS, menos DON JAIME, más CRIADO entra primera izquierda

CRIADO Señora el té está servido en la terraza. (Mutis foro.)

MERC. Entonces vamos. Esperaremos a mi cuñado tomando una taza de té y unas pastas, ¿no les parece a ustedes?

FERN. Encantado, señora.

MERC. ¿Y Pepe Robledo, no ha venido?

AUR. No ha venido aún, tía.

MERC. Es extraño, pero no creo que tarde. Le esperaremos allí. ¿Vamos?

SOL. Vamos, doña Mercedes.

LAU. ¿Has reñido con Pepe?

AUR. No. ¿Por qué lo preguntas?

LAU. Como has dicho tan secamente que no había venido aún.

AUR. Bah. No lo has entendido bien. (Mutis todos izquierda. Delante doña Soledad, doña Mercedes y don Fernando, detrás Aurora y Laurita.)

ESCENA VII

PEPE ROBLEDO y CRIADO. Entra por el foro derecha Pepe Robledo seguido del Criado

CRIADO Don Jaime ha ido a la estación a esperar a su hermano. Las señoras están tomando el té con los señores Marqueses del Lirio.

PEPE Está bien. ¿La doncella de la señorita está en casa?

CRIADO Sí, señor. Está en sus habitaciones.

PEPE Dígala usted que tenga la bondad de venir.

CRIADO En seguida (Mutis foro izquierda. Queda solo Pepe Robledo, que se deja caer en el vis a vis, dando señales de honda preocupación. Saca la pitillera y enciende un cigarrillo. Se levanta, da dos paseos de lado a lado de la escena y vuelve a sentarse en lugar distinto. Entra el Criado.) La doncella viene en seguida.

PEPE Está bien.

CRIADO ¿Manda usted algo más?

PEPE Nada.

CRIADO Con su permiso. (Mutis foro derecha.)

ESCENA VIII

PEPE ROBLEDO. Luego MARGARITA foro izquierda

(Pausa. Pepe tira el cigarrillo. Se levanta, pasea, vuelve a sentarse y vuelve a encender otro cigarro. Entra Margarita, que es una doncella de unos veinticinco años, agraciada y simpática. Pepe se dirige a ella como una flecha apenas la ve.)

PEPE ¿Qué ha pasado? ¿Recibiste mi carta? (Margarita, sin contestarle, se dirige a la puerta y observa

si alguien les ve o escucha.) ¿Qué ha pasado? Contesta.

MARG. No sé. No ha querido.

PEPE No es eso lo que yo te pregunto, sino la razón, la causa.

MARG. Y yo la ignoro.

PEPE Pero, ¿salísteis?

MARG. Sí.

PEPE ¿Cómo no hiciste lo que te decía en mi carta?

MARG. Me dijo que no quería, que estaba arrepentida de haberlo prometido, que aquello fué una ligereza de momento y que no quería ir más lejos.

PEPE ¿Y para qué estabas tú a su lado sino para convencerla? ¿Para qué te he traído yo aquí?

MARG. No pude convencerla.

PEPE Está bien, pero es preciso que la convenzas.

MARG. Lo intentaré.

PEPE Ahora avísala sin que se enteren los demás que estoy aquí.

MARG. Voy. (Mutis primera izquierda.)

ESCENA IX

PEPE, LUISA y CRIADO. Al mutis de Margarita aparece por el foro derecha Luisa, una de esas mujeres a las cuales es un problema averiguar la edad fija, puesto que ni parecen jóvenes ni viejas jamás Es viuda de un General

LUÍSA Adiós, amigo Robledo.

PEPE (Cariñoso.) ¿Cómo está usted, Luisa? ¡Qué alegría!

CRIADO Voy a avisar a los señores. (Mutis izquierda.)

ESCENA X

LUISA y PEPE ROBLEDO

LUISA Está visto, querido amigo, que no se te puede ver más que en esta casa. ¿Cómo no fuiste al baile de la Embajada?

PEPE Estaba enfermo.

LUISA Desde algún tiempo a esta parte tus indisposiciones coinciden siempre con los días que teníamos señalados para vernos.

PEPE ¿Y qué culpa tengo yo? Desconfías sin motivo.

LUISA Motivos tengo, Pepe.

PEPE Son tus celos, Luisa.

LUISA Los tengo, los demuestro como tú dices, y bastante he hecho dominándolos para tolerarte esas relaciones con Aurora Rojas, a pretexto de tu porvenir, de tu gloria, qué sé yo de cuántas cosas me has dicho.

PEPE No es eso, Luisa. Tú sabes que te quiero, que soy tuyo. Pero, ¿qué es mi vida al lado tuyo? ¿Qué puedo yo esperar si me reduzco a vivir únicamente entre tus brazos?

LUISA Sí, pero esa mujer...

PEPE Es mi arma principal. ¿Qué soy yo ahora? Simplemente un diputado, o lo que es lo mismo: nada. Vivo de mis rentas, que no son gran cosa, y gasto del fondo del material del Ministerio X o de la Dirección H. Una miseria, Luisa, una miseria. Aurora es la sobrina, y, por cariño, la hija de un hombre que ha sido Ministro, que lo es ahora. Con el tiempo será jefe del partido unionista y Presidente del Consejo. Si ella me pertenece, ¿qué no llegaré yo a alcanzar? Seré Director General, seré Subsecretario, tendré una cartera, presidiré el Congreso. ¿Quién sabe hasta dónde puede llegar un hombre con talento cuando es el amo de una influencia así?

LUISA Eso es lo que te separa de mí. Yo te he hecho lo que eres. Mi influencia te encasilló por un distrito y conseguiste un acta, y como mi influencia no puede ir más allá, necesitas no una mujer, sino una protección poderosa. ¿No es esto?

PEPE Si yo me casara con ella, seguiría siendo tuyo toda la vida.

LUISA Si eso fuera cierto...

ESCENA XI

DICHOS, CRIADO, izquierda

CRIADO Las señoras esperan en el salón.

LUISA Voy allá. (Mutis izquierda.)

(Criado mutis foro.)

ESCENA XII

PEPE y MADEMOISELLE MARGARITA, izquierda

PEPE ¿Le dijiste?
MARG. Sí. Detrás de mí viene la señorita.
PEPE Vete, pues.
(Mutis Margarita, derecha.)

ESCENA XIII

AURORA y PEPE

AUR. ¿Me has llamado? ¿Por qué no entraste?
PEPE Necesito que hablemos, Aurora. Te estuve esperando con ansia esta mañana. ¿Por qué no viniste?
AUR, Pepe, no quiero que hablemos de eso.
PEPE Preciso es que hablemos, Aurora.
AUR. Es que yo no quiero.
PEPE Siquiera un momento, siquiera una vez.
AUR. ¡Sea una vez!
PEPE Me prometiste venir hoy a mi casa. ¿Por qué has olvidado tu promesa?
AUR. Mi promesa fué una ligereza, una impremeditación, que tú, si de verdad me quieres, debiste dar al olvido en vez de exigirme su cumplimiento.
PEPE ¿Cómo era posible que yo olvidase esa promesa que significaba para mí la realización de mis sueños y el logro de mi felicidad? Te quiero tanto que el tenerte a mi lado es para mí el *summum* de la ventura.
AUR. No, no quiero ni necesito que te justifiques. Nuestras relaciones han sido siempre lo mismo: eterna petición por tu parte y eterna negativa por la mía. Y en esta lucha constante me has arrastrado a lo que yo no creí que podría llegar jamás: a oirte sin que el enojo me hiciese separarme de ti para siempre, que es lo que debí hacer el primer día que tuviste la osadía de hablarme de esa forma. Tú creiste que engañarme a mí era labor fácil y el triunfo seguro. Te has equivocado, Pepe, te has equivocado.

PEPE Tú eres la que estás equivocada y equivocas también mi cariño. No merece mi amor que le trates así.

AUR. No me equivoco. ¿Qué hiciste anoche en el baile? Por llegar al logro de tus deseos, lanzar sobre mi alma una borrasca de celos y mientras me dejabas sola en un ángulo del salón, pasabas ante mí del brazo de aquella mujer que te sirvió para enloquecerme. Yo te quería, te quiero, ¿por qué no he de decirlo?, y aquella escena era una escena cruel que atormentaba mi alma. Te veía hablándola bajo, creía entender hasta tus palabras. Me figuré que iba a perderte para siempre y esta sola idea me enloqueció. Entonces fué cuando en una imprudencia que nunca me perdonaré, te escribí en una hojilla de mi bloc aceptando la cita. Fué una ligereza de la que jamás me arrepentiré bastante. Después, cuando me quedé sola en mi cuarto, reflexioné, comprendí y me prometí a mí misma no acudir a la cita. Y así lo he hecho. Pero, ¿qué has hecho de ese papel?

PEPE Lo guardo como bendita promesa de una felicidad no conseguida.

AUR. Dámelo.

PEPE Quiero conservarlo.

AUR. ¿Para qué?

PEPE Para mí es el recuerdo de un momento en que has sabido quererme mucho.

AUR. No hables ahora de cariño. ¡Dámele!

PEPE Calla. Viene gente.

ESCENA XIV

DICHOS, CANDIDITO, foro izquierda, con un papel en la mano

CÁND. Pues, señor, esto es complicadísimo (¡Uy! ¡El novio!) Buenas tardes, señor Robledo.

PEPE ¡Hola, Candidito!

CÁND. ¿No está don Jaime?

AUR. Ha ido a la estación.

CÁND. ¡Ah, sí! A esperar a su hermano. ¿No sabe usted si ese hermano será aficionado a las estadísticas?

AUR. No sé nada.

CÁND. Es que como lo sea, voy a tener que dimitir la Secretaría particular ¡Los números que yo he hecho desde que estoy en esta casa!

PEPE Si le dieran a usted un céntimo por cada uno, ¿verdad?

CÁND. Si me dieran eso que usted dice, el rey del petróleo a mi lado era un peón caminero. Como que mi cabeza no es cabeza.

PEPE ¿Pues qué es?

CÁND. A mí me parece una pizarra de escuela.

PEPE (Acercándose.) (Tranquilízate, Aurora. Disimula.)

CAND. ¡Con permiso! (Se quieren. Voy a ser eternamente desgraciado. Y el caso es que a este hombre no le da una pulmonía ni nada.) (Mutis primera izquierda.)

ESCENA XV

AURORA y PEPE

PEPE Menos mal que se ha ido.

AUR. ¿Te estorbaba?

PEPE Tengo algo que decirte todavía.

AUR. Pues di lo que quieras.

PEPE Tengo que pedirte un favor muy grande ¿Lo harás?

AUR. Según lo que sea.

PEPE Pues bien, Aurora, óyeme. Tu tío no te niega nada. Lo que tú le pidas será cosa hecha en el acto, porque tú eres el más grande cariño de su vida.

AUR. Bien, ¿y qué deseas?

PEPE Que le pidas para mí la Subsecretaría de Hacienda, que hoy ha quedado vacante. Yo puedo ayudarle en su obra con mayor empeño, con mayor fidelidad y nobleza que otro alguno, y al mismo tiempo doy un paso de gigante en mi carrera y me acerco rápidamente al puesto brillante que yo quiero conquistar para ti, para que tú triunfes y brilles con todo el esplendor que mereces.

AUR. Pero si yo no quiero brillar. Si tú supieras qué sueños más tranquilos y más modestos son los míos. Yo no deseo más que cariño, mucho cariño; en eso sí que soy egoísta.

Para mí la felicidad está en un hogar risueño, que yo adornaré con muchas flores y con muchos pájaros, algo así como este de mis tíos donde tan feliz vivo. Las flores alegran la vida y ennoblecen el aire; los pájaros alegran el alma y sus trinos son algo tierno y delicado como caricias de niños que se meten pecho adentro para hacerte olvidar las amarguras de los grandes. Y si en un ambiente así se desenvuelve el divino poema de nuestras dos almas unidas por un amor inmenso, viajando siempre juntas a través de la vida. ¿dónde encontrarás felicidad más grande? Deja todos esos sueños de conquista que tú tienes, porque ellos no servirán sino para alejarte cada vez más de mí. Mi alma te quiere y te recibe conforme quieras venir a ella. siempre que vengas con amor y por amor. No me rodees de luces extrañas, porque a mí me encanta la luz del sol; ni busques para mí el brillo de la riqueza o de la gloria, que yo tengo bastante brillo en los ojos y me sobra con el de los tuyos cuando me digan que me quieres; rodéame de flores, rodéame de pájaros, rodéame de amor y verás cómo mi alma bendice el vivir y cómo en mis labios se desgrana siempre la risa de la alegría eterna.

PEPE — Es preciso mirar la vida como es, y ya que tú no quieres o no sabes mirarla, déjame que la mire yo.

AUR. — Y si la vida es fea, ¿por qué la he de mirar? ¿No es más humano dejarme conservar mis ilusiones?

PEPE — Es preciso, Aurora Haz eso que te digo.

AUR. — No quiero, Pepe, no quiero.

PEPE — Pídele a tu tío ese cargo para mí.

AUR. — No me metas a mí en cosas que no entiendo ni quiero entender. ¿Qué sé yo de vuestra política? Allá vosotros con ella.

PEPE — ¿Te niegas a pedirle ese cargo a tu tío?

AUR. — Me niego terminantemente.

PEPE — A pesar de tu negativa aún confío en que lo hagas.

ESCENA XVI

DICHOS, LUISA, LAURITA, DOÑA MERCEDES, DOÑA SOLEDAD, DON FERNANDO y CANDIDITO primera izquierda

MERC. ¡Hola! Tenemos aquí a Pepe Robledo.

PEPE Acabo de llegar, doña Mercedes. (Saludando.) Señora... Señorita... Don Fernando...

LAU. ¿Trabaja usted mucho, Candidito?

CÁND. Regular, señorita.

LAU. ¿No ha visto usted esa película nueva de Pascuali?

CÁND. ¿Cuál?

LAU. *Cielo sin nubes.*

CAND. No, no la he visto.

LAU. ¿Y esa otra cómica de *Salustiano se ha tragado un quinqué?*

CÁND. Tampoco.

LAU. Tiene quinientos veinte metros.

CÁND. Serán de torcida.

LAU. ¡Qué gracioso! Pues es muy bonita, pero ya no le cuento más.

ESCENA XVII

DICHOS, ALFONSO y DON JAIME, foro derecha

JAIME (Dentro.) ¡Por aquí! ¡Mercedes! ¡Aurora!

AUR. Ya están aquí.

MERC. Mi cuñado.

JAIME (Entrando.) Pasa, Alfonso, pasa.

(Entra Alfonso, hombre de treinta y cinco años, muy simpático de aspecto. Viste uniforme blanco de marino mercante.)

ALF. ¡Mercedes, qué alegría! (Abrazándola.)

MERC. ¡Alfonso! Cuántos años, hijo mío, sin verte.

ALF. Catorce nada más. ¿Sabes que Aurora está muy bonita? (La abraza.)

AUR. Gracias.

JAIME Alfonso, los señores Marqueses del Lirio.

ALF. Mucho gusto, señora. Mucho gusto, señor Marqués. Yo soy un poco rudo y mucho hombre de mar. No puedo ser etiquetero, pero mucho gusto.

MERC. Laurita, hija de los Marqueses.

ALF. Muy linda. Enhorabuena a sus padres.

FERN. Gracias.

SOL. Muchas gracias.

LAU. Mil gracias.

ALF. Son muchas gracias, pero no igualan a las suyas.

SOL. (Pues no es tan rudo como dicen.)

JAIME Doña Luisa Fernández, viuda del general Moreno.

ALF. Mucho gusto.

MERC. Pepe Robledo, diputado a Cortes y futuro esposo de Aurora.

ALF. Mucho gusto.

PEPE El gusto es el mío.

ALF. Y enhorabuena por la novia, que es una corbeta magnífica.

JAIME Cándido de Belis, mi secretario particular.

ALF. ¡Ah! ¿Usted es el secretario particular? Una especie de sobrecargo, ¿eh? ¡Magnífico! ¿Y cómo va el navío?

CAND. Viento en popa, señor.

ALF. Bravo; no hay más que izar el trapo y aprovechar el aire.

CAND. (Pues es muy simpático este hombre.)

ALF. Pero Aurora está muy hermosa, ¿verdad, Jaime?

JAIME ¡Ya lo creo!

AUR. Gracias... Bueno, yo no sé cómo llamar a usted, si tío, si ..

ALF. Dime lo que quieras. No eres nada mío, pero por cariño me dices lo que quieras.

MERC. Alfonso, tú ya sabes que Aurora, aunque es hija de mi pobre hermana, que en paz descanse, yo la quiero como si fuese mía. Jaime, lo mismo. Y si nosotros la queremos y consideramos como hija, y hasta nos lo parece, bien puede parecerte a ti sobrina.

ALF. Muy bonito discurso. Pero no hacía falta. Como si fuera mi sobrina la quiero.

AUR. Y yo, desde ahora mismo, le llamaré tío Alfonso.

ALF. No, porque esto es hacerme demasiado viejo. Llámame Alfonso a secas, ¿quieres? Y trátame de tu. Yo soy muy sencillote.

AUR. Ya lo creo. Te diré Alfonso y siempre de tu.

JAIME Pero, en fin, dinos, cuéntanos algo. ¿Qué ha sido de tu vida en estos catorce años?

FERN. Sí, hombre; cuéntenos usted algo.

AUR. Sí, cuenta alguna cosa bonita.

SOL. Tal vez viene cansado.

LUISA Después del viaje...

ALF. ¿Cansado yo? Nunca, señora. Soy hombre de mar. No me canso. Acostumbrado a la lucha con las borrascas, el viaje del tren poco puede importarme.

AUR. Cuánto mundo habrás visto.

ALF. Un poco. Pero mi vida no tiene interés para nadie. Catorce años de barco arriba y abajo, tratando mucho con las olas y poco con los hombres.

PEPE Poco con los hombres, ¿por qué?

ALF. Porque los hombres somos unos grandes egoístas. Yo huí de España cansado del egoísmo de la humanidad y sabiendo que las acciones de los hombres, no eran nunca lo que parecían, sino que obedecían siempre a su conveniencia. Y al principio de viajar visitaba todas las ciudades donde mi barco hacía escala. Después no, porque me convencí de que los hombres de los demás países eran como los de aquí. Y dije: ¡al mar! El mar es noble. Cuando es tu amigo te acaricia; cuando es tu enemigo te combate. Pero siempre cara a cara, sin traiciones ni hipocresías. Me encerré en mi camarote, me tumbé en mi litera y no he tenido más que un amigo: el cigarro, y una amiga: la botella de wisky. Y con mi botella y mi cigarro he pasado la gran vida. Hombres, pocos, y los que tengo cerca son como yo, hombres de mar, serios y disciplinados; los trato como debo tratarlos, a golpe de pito, y si alguien obra mal, llamo al contramaestre y le ordeno que me lo ponga tres horas en la barra. Así no vuelve a desmandarse otra vez.

CAND. (Este hombre es muy simpático. ¿A que le hago todas las estadísticas que quiera?)

PEPE ¿Pero no todos los hombres merecerán de usted el mismo concepto?

ALF. No, si yo no digo que no haya excepciones. Lo que afirmo es que en la generalidad de los casos el egoísmo es el único móvil de las acciones humanas. Es preciso que seamos malos, por lo mismo que somos egoístas. Egoísmo es todo en nuestra vida; egoísmo

lo que regula nuestras acciones; egoísmo la más grande religión de nuestra alma; egoísmo lo que nos hace crueles con los demás a fuerza de pensar en nosotros con exceso. ¿Que existe en la vida la excepción? ¡qué duda cabe! Entre las ortigas nacen muchas veces las violetas. Y si así no fuera la vida sería despreciable y habría que huir de ella con espanto.

CÁND. Eso mismo creo yo.

JAIME Vaya, no nos pongamos serios ahora. En cambio, invitamos a estos amigos esta noche a beber una copa de champagne por tu feliz regreso, hermano.

ALF. Bueno.

JAIME ¿Te gusta el champagne?

ALF. Hombre, te diré. A bordo bebo wisky, pero en tierra puede ser que me guste el champagne.

CÁND. El champagne es muy bueno.

LUISA ¿No le parece a usted fuerte el wisky, don Alfonso?

ALF. Más fuerte es una marejada, y se sufre.

LUISA Mi marido lo bebía con fruición, pero yo no pude nunca soportarlo.

ALF. ¿Al wisky o al marido?

(Risa general.)

LUISA ¡Al wisky! ¡Qué cosas tiene usted!

CÁND. ¡Bravo! Eso ha sido muy gracioso.

FERN. Bueno, queridos amigos, yo, con harto sentimiento, tengo que dejarles a ustedes.

SOL. Nosotros nos vamos contigo, Fernando, que tenemos que saludar a las de Martínez Toledo.

MERC. ¿Cómo? ¿Se van ustedes?

LUISA Y yo también, querida amiga.

LAUR. ¿No vas a la Princesa esta noche?

AUR. Creo que sí. Allí nos veremos.

LUISA (A Pepe.) (Acompáñame.)

PEPE (A Luisa.) (No puedo. Luego iré a verte.)

(Alfonso procura demostrar que le sorprende este diálogo en voz baja.)

ALF. (¿Qué es esto?)

FERN. Lo dicho, don Alfonso. Un gran honor en haberle saludado.

SOL. Esperamos verle en nuestra casa.

ALF. Tendré un gran placer.

(Se cambian los saludos de rigor y mutis Laurita, doña

Soledad, Luisa y don Fernando, acompañándoles hasta el foro doña Mercedes y don Jaime.)

AUR. (A Pepe.) Dame esa carta.

PEPE No.

AUR. Dámela.

PEPE Nunca.

(Alfonso se apercibe y ve a Aurora llevarse el pañuelo a los ojos.)

ALF. (¡Este hombre! ¿Por qué la hace llorar?)

ESCENA XVIII

AURORA, MERCEDES, ALFONSO, CANDIDITO y JAIME

JAIME ¡Ea! Ahora al Consejo.

MERC. ¿Tenéis Consejo hoy?

JAIME Ahora mismo.

AUR. ¿Será largo?

JAIME ¡Cualquiera lo sabe!

PEPE ¿Se proveerá hoy la Subsecretaría de Hacienda?

JAIME Creo que sí.

PEPE ¿A quién lleva usted?

JAIME Mi candidato eras tú; pero... el jefe del Gobierno tiene un compromiso político que no podemos eludir

AUR. Sí, tío, procura darle un cargo a Pepe, que está más enamorado de la política que de mí.

JAIME No seas egoistilla. Es natural que quiera hacer carrera, y ya le ayudaremos cuando pueda ser. Ahora es imposible.

PEPE Por mí no se preocupe usted. Mi novia parece que se disgusta cuando ve la posibilidad de que yo logre algo de lo que deseo.

JAIME Vaya, vaya, dejaos de tonterías, que me voy. ¿Ha preparado usted los papeles, Cándido?

CÁND. Sí, señor. Van todas las estadísticas referentes al precio de los artículos de primera necesidad durante los últimos diez años.

JAIME ¡Magnífico! Recoja usted todo, y a la Presidencia.

MERC. Yo te acompaño hasta el jardín.

ALF. Y yo.

(Mutis foro derecha. Candidito izquierda.)

ESCENA XIX

AURORA y PEPE

PEPE ¡La ruina! ¡Esto es la ruina! Ni un solo paso en mi carrera. Perdido y desorientado en el campo de la política, sin más armas que un acta ridícula que puede faltarme mañana. ¿Y para esto he luchado yo tanto tiempo? Es para desesperarse.

AUR. ¿Que tienes? ¿Estás malhumorado?

PEPE No. Estoy desesperado; estoy loco.

AUR. ¿Pero por qué?

PEPE ¿Por qué? Ni una Subsecretaría, ni una Dirección; nunca hay nada para mí.

AUR. ¿Y por eso te apuras? ¿Por eso te desesperas? No seas tonto. Cuando todo te falte tienes mi cariño, que te compensará de todo.

PEPE No me hables de cariño, tú que tienes la culpa de mi desgracia.

AUR. No me quieres, Pepe, no me quieres. De quererme, no me hablarías así.

PEPE Tú eres la que no me quieres, ya que así me abandonas a mi suerte. He solicitado tu ayuda, y me la niegas. He buscado el apoyo de tu tío, y tu tío no es capaz de reñir por mí una batalla en el Consejo.

AUR. No hables así, porque vas a hacer que una duda que ha tiempo me muerde en el alma deje de ser duda para convertirse en realidad. Tú no me has querido nunca.

PEPE Piensa lo que quieras.

AUR. Estoy convencida, Pepe. No me quieres, y por lo mismo será mejor que terminemos de una vez. ¡Vete!

PEPE ¡Marcharme! ¡Estás loca! Tú has olvidado ya que te quiero y estoy decidido a que no seas de otro.

AUR. ¿Con qué derecho puedes tú obligarme a aceptar un amor mentido?

PEPE Con el que tú misma me diste uniéndote a mí para siempre.

AUR. ¿Cómo?

PEPE ¿Has olvidado ya que tengo en mi poder algo que nos liga? ¿No recuerdas que te comprometiste a ir sola a mi casa?

AUR. ¡Ah! Ahora comprendo. Por eso no me has devuelto ese maldito papel.

PEPE Ese papel nos ha unido para siempre. No has venido a mi casa, no has acudido a la cita; pero tú, de tu puño y letra, prometes acudir. ¿Quién que lo leyere podría creer que no habías cumplido tu promesa? Habrá sido en ti una ligereza, habrá sido una imprudencia; pero mi amor la bendice porque te ha hecho mía para siempre, Aurora. De hoy más tu porvenir está en mis manos.

AUR. Pepe, dime que mientes, que me engañas, que me vas a dar esa carta o vas a hacerla pedazos en mi presencia.

PEPE Nunca. Es la garantía de mi amor.

AUR. ¿Y tu caballerosidad? ¿Y tu hidalguía? Tú sabes que es mentira todo. ¿Te atreverías a manchar mi nombre con el barro de una acusación falsa?

PEPE Ya te lo he dicho.

AUR. Entonces, vete, vete pronto. No quiero verte más. Haz uso de esa carta, calúmniame, injúriame. Te desprecio Yo estoy por encima de todas esas miserias.

PEPE Sí; me voy para evitar un escándalo de tus nervios. Volveré cuando estés más tranquila.

AUR. No vuelvas nunca.

(Mutis Pepe por el foro.)

ESCENA XX

AURORA, DOÑA MERCEDES y ALFONSO

(Aurora se deja caer llorando en una butaca. Pausa corta.)

MERC. (Foro.) ¿Aurora? ¿Dónde estás? Pero, ¿qué es esto? ¿Llorando? ¿Qué te pasa?

AUR. Nada.

MERC. ¿Acaso Pepe?...

AUR. ¡Sí!

MERC. ¿Habéis reñido?

AUR. Para siempre.

ALF. (¿A que resulta que voy a tener que mandar a alguien a la barra?) (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón en casa de los Marqueses del Lirio. Dos puertas al foro y otras dos laterales. Muebles lujosos.

ESCENA PRIMERA

DOÑA SOLEDAD, LUISA y CONDESA DEL ALAMO en un grupo; en otro, LAURITA y TERESA; y en otro DON FERNANDO y DON PEDRO

FERN. ¡Es asombroso! Yo, francamente, no comprendo cómo tiene sangre fría para jugar de esa forma. ¡Si a todos nos dejó suspensos!

PEDRO No es para menos.

FERN. ¡Seis mil pesetas a un pase de treinta y cuarenta! ¡Es un crimen!

PEDRO Siempre ha jugado fuerte Julianito Ruiz, pero como ahora nunca.

FERN. Hay que comprender una cosa: que antes gastaba lo que podía; ahora, como acaba de heredar, gasta lo que quiere.

PEDRO No le durará mucho tiempo la herencia

FERN. Eso creo yo; porque además de lo que juega hay que ver lo que gasta. Tiene ahora una amiga que es una máquina de consumir billetes.

COND. Vamos, amiga Luisa. No sea usted tan reservada y cuéntenos algo.

LUISA No crean ustedes que hay muchas novedades.

COND. Hay una de gran interés y de la que nuestra buena amiga la Marquesa y usted, querida Luisa, deben estar muy enteradas.

SOL. ¿Cuál?

COND. La ruptura de las relaciones amorosas de Aurora Rojas y Pepe Robledo.

SOL. Yo no sé nada; pero debe ser uno de esos disgustos sin importancia que tienen los novios por el placer que les proporciona luego hacer las pases.

LUISA Me parece que ahora es algo más.

LUISA Es verdad que Pepe Robledo entraba en casa de su novia con la asiduidad y confianza de un novio cuando la boda se ha de celebrar en plazo breve; sin embargo, yo siempre he creído que esas relaciones no llegarían hasta el matrimonio, porque Aurora es demasiado loca para un hombre de las condiciones de Pepe Robledo.

COND. Efectivamente, muy loca. De una de sus locuras es de lo que más se murmura.

SOL. ¿Qué locura es esa?

COND. ¿Pero de verdad no han oído ustedes nada?

SOL. Ni una palabra.

TER. Aquello fué muy gracioso, porque mientras él se reía la mar, la pobre Conchita resultó que se había enamorado de veras.

LAUR. ¿Y qué hizo Conchita entonces?

TER. Se encerraba siempre en su cuarto y no la veíamos más que a las horas de clase. En el recreo no volvió jamás a bajar al jardín, temiendo sin duda que él se asomase a la tapia como hacía antes. Creíamos todos que iría para monja y así ha sido.

LAUR. Eso parece cosa de película. Ya lo creo. Y a ti, ¿no te salió ningún novio mientras estuviste en el internado?

TER. ¡No había de salirme! ¡Más guapo era! ¡Y le conocí de un modo más raro!

LAUR. Cuenta, cuenta.

LUISA Yo lo único que he visto es la actitud de Aurora anoche en casa de los de Romeral. Estuvo constantemente acompañada por el hermano de don Jaime, ese original capitán de barco, mitad hombre de mundo y mitad lobo de mar. Ni una vez cruzó la palabra con su novio.

SOL. De todos modos, créalo usted, Luisa, ese disgusto servirá para anticipar la boda.

COND. Así debe ser; porque de lo contrario la reputación de ella sufrirá bastante.

SOL. ¿Pero es tan grave lo que dice?
LUISA Ya lo creo
SOL. ¿Qué es ello?
LUISA No lo sé muy bien. Se habla de una carta que la compromete mucho.
SOL. Eso es muy grave.
COND. Y tanto.

ESCENA II

DICHOS, PEPE ROBLEDO y ENRIQUE foro derecha

Pepe y Enrique saludan a todos los presentes y vienen después a quedar: Pepe entre el grupo de las señoras y Enrique en el de las niñas

COND. Está usted muy retraído.
PEPE No lo crea usted. Es que la política absorbe mucho tiempo y sobre todo ahora que estamos en época de elecciones no faltan contrariedades.
SOL. ¿Amorosas?
PEPE No, señora, políticas.
COND. Precisamente cuando entró usted se hablaba de esas contrariedades.
PEPE ¿De las políticas?
COND. No, señor, de las amorosas.
SOL. Yo decía que muy pronto se casará usted.
LUISA Y nosotras opinábamos todo lo contrario.
PEPE Señoras, me parece que se ocupan ustedes de una cosa que no tiene importancia.
ENR. Per·, señorita, por Dios ..
TER. Ande usted y no sea terco. Ahora no nos oye nadie.
LAUR. Están muy distraídos. Cuéntenos usted todo aquel noviazgo con Consuelito.
ENR. No tuvo nada de particular. Consuelito...

ESCENA III

DICHOS, AURORA, DOÑA MERCEDES, ALFONSO y DON JAIME foro derecha

JAIME Felices, señores.
FERN. ¡Oh! ¡El señor ministro!
SOL. (A Mercedes.) ¡Qué tarde, querida amiga! Ya la echaba de menos.

(Cámbianse entre todos los saludos de rigor. Aurora marca un gesto de contrariedad al encontrarse con Pepe Robledo. Lo mismo acontece a Alfonso, quien al saludarle lo hace de un modo forzado.)

JAIME ¡Una labor abrumadora, queridos amigos! La cartera de Hacienda pesa mucho y representa grandes responsabilidades.

PEDRO ¡Desde luego!

JAIME Ahora estoy preparando una cosa fundamental.

FERN. ¿Qué es ello?

JAIME La reforma de la ley de alcoholes.

LAUR. ¿Cómo es eso que has reñido con Pepe?

AUR. Por nada. No hablemos de eso

MERC. Pero si usted no sabe, querida amiga. No tengo un momento libre para dedicarlo a visitas.

ESCENA IV

DICHOS y MAYORDOMO, foro izquierda

MAY. Señora Marquesa .. En el salón está dispuesto todo y la orquesta espera sus órdenes para empezar.

SOL. Si les parece a ustedes, ahora mismo.

VARIOS Sí, sí.

SOL. Pues vamos allá. Que empiecen.

MAY. Ahora mismo.

(Van haciendo mutis en la forma siguiente: Pepe Robledo va a ofrecer el brazo a Aurora y ésta precipitadamente se coge al de Enrique, que ya tiene del otro a Laurita y salen los tres. Pepe entonces ofrece el suyo a Teresita y Luisa; por último doña Soledad, doña Mercedes y la Condesa del Alamo salen juntas después de preguntar doña Soledad al grupo de los que quedan:)

SOL. Qué, ¿no vienen ustedes?

FERN. Ahora vamos.

ESCENA V

ALFONSO, DON JAIME, DON FERNANDO, DON PEDRO y a poco CANDIDITO

JAIME Yo me he propuesto aumentar la recaudación de alcoholes en doce millones de pesetas. (Entra Candidito foro derecha.) Y a propósito.

Oiga usted, Candidito. ¿Cuáles son las cifras de la estadística última que he hecho?

CAND. Pues las cifras de la última estadística que he hecho, digo que ha hecho el señor ministro, son...

ALF. Bien: dejaros ahora de estadísticas.

FERN. Bueno, señores, todos sabemos lo mucho que podemos esperar de la competencia de nuestro amigo don Jaime; pero, ahora si les parece, dejemos los problemas nacionales y vamos a dar una vuelta por el salón.

PEDRO ¿Y nuestra partida de tresillo?

FERN. ¿Usted no juega, don Alfonso?

ALF. No. Prefiero alternar con las muchacha que con las cartas.

FERN. ¿Y usted, señor Belis?

CAND. Yo, como don Alfonso. El femenino que prefiero no es baraja.

FERN. Pues ya buscaremos quien nos haga el cuarto.

PEDRO Vamos allá.

(Mutis don Jaime, don Fernando y don Pedro. Alfonso inicia también el mutis, pero Candidito le dice:)

CAND. No se vaya usted. Tenemos que hablar.

ESCENA VI

ALFONSO y CANDIDITO

ALF. Estamos solos. ¿Qué es lo que tenemos que hablar, amigo Candidito?

CAND. Don Alfonso, es una cosa horrible que yo no me atrevería a decir a nadie más que a usted.

ALF. Dígala.

CAND. Se trata de la señorita Aurora.

ALF. ¿De Aurora? Vamos, diga usted pronto. ¿Qué es ello?

CAND. Estuve ahora mismo un rato en el Casino y en el Casino no se pronuncia otro nombre que el de Aurora.

ALF. ¿Qué dice usted, Candidito?

CAND. Una verdad muy amarga; pero una verdad.

ALF. ¡Vamos! No pierda usted el tiempo haciendo frases. ¡Pronto, la verdad entera!

CAND. Pues bien, en el Casino se dice que la señorita Aurora ha tenido con Pepe Robledo in-

timidades tales, que al haber terminado sus relaciones con él, será muy difícil que encuentre un esposo.

ALF. ¡Mentira! ¿En qué apoyan esas calumnias?

CAND. Pepe Robledo, según parece, ha enseñado a sus íntimos cartas en que ella ofrece ir a verle en su cuarto de soltero.

ALF. ¡Mentira!

CAND. Mentira que se murmura, no.

ALF. Pero sí que Aurora haya cometido la más leve falta.

CAND. Eso mismo creo yo. Pero, ¿cómo se contiene esa avalancha de maledicencias? Esto es lo que necesitamos saber y esto es lo que me ha traído a este baile en busca de usted.

ALF. Ha hecho usted bien. Eso que dicen es mentira y yo haré que resplandezca la verdad en seguida.

CAND. No sabe usted lo que me tranquiliza su serenidad y la confianza que me inspiran sus palabras, porque estoy seguro de que usted sabrá vencer a los calumniadores.

ALF. Confío en ello No en balde he aprendido a desconfiar siempre de la intención de los demás. Las de éstos envuelven un egoísmo y una venganza. Vamos al salón. Quiero ver el temporal cara a cara.

(Mutis los dos foro izquierda.)

ESCENA VII

DON JAIME, DON FERNANDO, DON PEDRO y ENRIQUE foro izquierda

PEDRO Lo que hacen los años. Está el salón lleno de mujeres guapas y nosotros lo dejamos para darnos *codillos*.

ENR. Protesto por lo de la edad; yo aún prefiero el baile a tener un solo de cinco estuches; pero ustedes me han secuestrado.

JAIME Ya llegará la época en que se aburra como nosotros, que eso de la juventud dura mucho menos de lo que todos deseamos.

FERN. No se preocupe, querido Enrique, que en seguida vendrá don Hermógenes y nos hará el cuarto.

ENR. Si yo les acompaño a ustedes con mucho

gusto, pero no he querido dejar a don Pedro que me llame viejo.

FERN. Entonces, si les parece a ustedes, podemos empezar la partida.

PEDRO Ahora mismo.

JAIME Vamos allá.

ENR. Cuando ustedes quieran.

FERN. Pues vamos Pasen ustedes por aquí.

JAIME (A don Pedro.) Usted primero.

PEDRÓ De ningún modo. (Hace pasar primero a don Jaime, luego a Enrique, y hacen mutis los cuatro por lateral izquierda, quedándose el último don Fernando.)

ESCENA VIII

AURORA y ALFONSO

Vienen del salón. Entra delante Aurora acusando una gran excitación y una angustia contenida que se traduce en lágrimas apenas se ve lejos de miradas extrañas. Abatida se deja caer en una butaca llorando. Detrás viene Alfonso, despacio, silencioso, con las manos en los bolsillos del pantalón, la frente sobre el pecho, devorando en silencio una amargura y con el pensamiento reconcentrado en alguna idea que aún no ha tomado forma. Al igual que Aurora se sienta en una butaca sin variar de actitud. Pausa. Ella sigue llorando. El parece no oirla, tal vez porque el llanto de ella lo lleva él muy hondo

AUR. ¡Qué angustia, Dios mío!

ALF. ¡Basta, Aurora, basta!

AUR. ¿Pero qué razón hay para esto? ¿Qué he hecho yo para merecerlo?

ALF. No te desesperes, no te desesperes.

AUR. ¿Que no me desespere? ¿Pero tú no ves que hay motivo, no sólo para desesperarse, sino para morirse? Yo debería morirme ahora mismo.

ALF. ¿Por qué?

AUR. ¿No lo has visto por tus mismos ojos? ¿No has observado el ambiente hostil que me rodea? En ese infame salón que nunca podré olvidar, no he visto más que miradas equívocas, sonrisas de malicia, actitudes de frío desdén que me han llegado al alma. Me evitan, me zahieren con la frase indirecta, me anonadan con la risa burlona, me despedazan el alma con esa sospecha que

hoy tienen de mí todos los que me rodean Morir, morir ahora mismo sería una felicidad, que nada pesa tanto como la acusación injusta.

ALF. ¿Quién habla de muerte ahora? Morir es el ansia de todas las voluntades enfermizas.

AUR. ¿Y cómo se vive en esta forma?

ALF. ¡Viviendo! En contra de todos; en contra de uno mismo.

AUR. Esto no tiene remedio.

ALF. ¿Ya te consideras vencida?

AUR. Más que vencida; destrozada, deshecha.

ALF. ¡Calla! Que no quiero oirte así, que no puedo creer que esto sea la ruina de tu vida; que no quiero aceptar en ti una voluntad débil y enfermiza. ¿Rendirse al primer ímpetu enemigo? Nunca. Ven, Aurora, fortalece tu alma y apréstate al combate Hazte la cuenta de que tu vida es un navío a merced del mar. No te fíes de ese mal piloto que se llama «corazón.» Ataca con brío la lucha; sube tú misma al puente de comando; encarga a tu fuerza de voluntad que gobierne el timón; no te mantengas al pairo esperando que el temporal amaine, sino al contrario. Con la proa a barlovento. ¿Que el mar frenético del desprecio te envía olas furiosas de desdenes que barren la cubierta y penetran en la cala y salpican el puente? No importa. Combate sin tregua, sin descanso. Enfila bien las boyas para tomar puerto. Cuida el timón para que el aire no te arroje contra la escollera, y una vez hayas doblado la barra y tomado dársena, para la máquina, grita: ¡fondo! y arroja las dos anclas a la vez. Has vencido, ¿sabes? has vencido.

AUR. Dame tú esa energía, dame esa serenidad, dame el remedio.

ALF. ¿El remedio? Dame tú primero la enfermedad.

AUR. ¿No lo has visto? ¿No estuviste conmigo en el salón?

ALF. Eso son los síntomas. Lo que yo quiero conocer son las causas.

AUR. Si yo las desconozco.

ALF. Tal vez sé yo más que tú, porque la ciencia de saber es hija de la ciencia de dudar. Dudo, desconfío de un hombre, pero no es

bastante. Dime tú qué fuerza es la que tú le has dado, qué armas le prestaste.

AUR. ¿Yo? ¿A quién?

ALF. A Pepe Robledo.

AUR. Pero, ¿él? ¿Ha sido él? Tú crees...

ALF. No creo, afirmo, estoy cierto.

AUR. ¿Estás cierto? ¿Luego todo es obra suya? Entonces ese hombre es un canalla.

ALF. ¡Un canalla! Vamos coincidiendo. Pero quizás obró así por despecho.

AUR. Ni aún así. El despecho no justifica la infamia. Si ese hombre ha tenido la vileza de poner tras mi nombre unos puntos suspensivos de maledicencia, ese hombre no puede esperar de mí más que el desprecio, ni puede producirme más que asco.

ALF. ¿Desprecio y asco? Vamos coincidiendo.

AUR. ¡Alfonso! Hace tiempo que en ese hombre no ví otra cosa que egoísmo; hace tiempo que mi amor ha ido extinguiendo su llama y este golpe brutal que hoy recibo de él, ha sido el soplo violento que ha dejado a oscuras mi alma. La luz era ya tan débil que el dolor del golpe no lo siento en el cariño. Lo que me hiere es el dolor de la afrenta, es la vergüenza de sufrir una acusación indigna y de ser objeto de una murmuración sin causa; no la muerte de una pasión que hace ya tiempo agonizaba en mi alma por temor y por recelo.

ALF. Entonces intervengo. Pero yo necesito una cosa de ti.

AUR. ¿Cuál?

ALF. Que me contestes la verdad a una pregunta.

AUR. Hazla, y ten la certeza de que diré la verdad.

ALF. Lo sé. ¿Pepe Robledo tiene en su poder una carta tuya comprometedora?

AUR. ¡Sí!

ALF. ¡Aurora!

AUR. No te precipites ni sospeches de mí.

ALF. ¡De ti no!

AUR. Espera a conocer toda la verdad Una noche, en un baile de la Legación chilena, tuve un gran disgusto. Pepe, que desde mucho tiempo antes no hacía más que solicitar de mí una entrevista a solas, me propuso que acudiera al día siguiente a su casa. Yo le re-

chacé indignada, y él, entonces, dejándome sola en un ángulo del salón, lanzó sobre mí una tormenta de celos que ofuscaron mi razón; creí que iba a perderle, y entonces, sin reflexionar, imprudentemente, escribí en una hojita de mi blok unas palabras aceptando la bochornosa proposición. Después, cuando en la soledad de mi cuarto me tranquilizaron las lágrimas, reflexioné y decidí faltar a la cita. Falté, Alfonso, créeme. Y entonces empecé a dejar de quererle. De este cariño que era un veneno para mi alma, ese hombre mismo empezó a curarme. Su conducta ha sido el antídoto.

ALF. Te creo, Aurora. ¿Y eso es todo?

AUR. ¡Todo! Le pedí el papel y se negó a devolvérmelo pretextando que era un recuerdo de un momento en que había sabido quererle de veras; pero no lo guardaba como recuerdo, sino como arma. Es un miserable.

ALF. ¡Tranquilízate! Yo te salvaré.

ESCENA IX

DICHOS, DOÑA MERCEDES, DOÑA SOLEDAD y CONDESA DEL ALAMO, foro izquierda

MERC. Pero, hijos, ¿no bailáis?

AUR. Estábamos muy entretenidos charlando. Alfonso me contaba cosas de sus viajes

ALF. Sí. Le relataba las costumbres de los salvajes sudaneses.

COND. ¡Ah! Debe ser muy interesante.

SOL. Pues bien, ya que no han querido ustedes dejar de charlar por el baile, espero que sí la dejarán para acompañarnos al buffet.

ALF. Con mucho gusto, señora.

SOL. Entonces vamos hacia allá.

COND. Vamos a ser los primeros.

SOL. No nos dejarán solos mucho tiempo, porque el baile es la ilusión de los jóvenes, pero debilita.

AUR. Doña Soledad siempre ocurrente.

SOL. ¿Vamos?

ALF. Ahora me encuentro en un grave compromiso. Son ustedes cuatro señoras y hoy por hoy no dispongo más que de dos brazos.

¿Qué hago? Porque yo quisiera llevarlas a todas.

COND. Lleve usted a quien le parezca y todas lo agradecemos.

ALF. En ese caso... Señora Marquesa... Señora Condesa... Con la familia siempre estoy cumplido. ¿Vamos?

AUR. Vamos.

(Todos mutis foro derecha.)

ESCENA X

LAURITA y CANDIDITO foro izquierda; vienen del brazo

LAUR. ..., y cuando todos están distraídos en el baile, ella se coge del brazo de él y se van juntos a pasear por sitios menos concurridos donde nadie pueda interrumpir su conversación ni pueda sorprender sus miradas. Fin de la segunda parte.

CAND. Pues es muy bonita esa película.

LAUR. Preciosa.

CAND. ¿De qué marca?

LAUR. De la casa «Cines».

CAND. Y ¿en qué queda todo eso?

LAUR. En la tercera parte entra el drama. Verá usted.

CAND. Pero, ¿me va usted a contar toda la película?

LAUR. Naturalmente.

CAND. ¿Y es muy larga?

LAUR. No. Treinta series y cuatrocientas veinte partes.

CAND. ¡Jesucristo! La habrá estado usted viendo desde que tomó la primera comunión.

LAUR. No sea usted exagerado. La he visto en tres meses y medio. No es mucho, pero, créame usted que en todo ese tiempo no hemos podido pensar en otra cosa. Mamá dejó el abono del teatro, las compras y el paseo que dábamos todas las tardes en coche por el Retiro o la Castellana. Y hemos reñido con unos parientes porque falleció una prima de mamá y no fuimos al rosario que se rezaba todas las tardes en San Luis. Ya ve usted. ¿Cómo era posible que dejásemos en la sexta serie una película tan interesante?

CÁND. Desde luego. Aunque a mí no me gustan esas cintas tan largas. Tal vez soy un gran profano en esto del Cine, pero, la verdad sea dicha, en sacándome de Charlot y de Salustiano, no me satisface nada.

LAUR. No diga usted eso, Candidito, que es un sacrilegio.

CÁND. Lo será. Yo me dejo llevar de los títulos. Me entusiasma todo eso de: Fulanito ha comido carne de caballo; Fulanito se siente galápago; fulanito se mete a ladrón; fulanito se ha tragado la mesita de noche; y cosas por el estilo. El caso es divertirse mucho, viendo correr a todos y volcar los coches y subir a gatas por las paredes hasta el tejado. Eso es muy divertido.

LAUR. ¿Va usted solo al Cine?

CÁND. Siempre solo. Por eso veo las películas.

LAUR. Creí que iría usted con su novia.

CÁND. No tengo novia.

LAUR. ¿Y no quiere usted a nadie?

CÁND. Sí; pero la que yo quiero, no me querrá nunca.

LAUR. ¡Ah! Pues usted no se merece eso. ¡Es usted tan simpático!... ¡Y hasta guapo!

CÁND. Muchas gracias

LAUR. Y con un gran porvenir político. He oído decir a papá que don Jaime le hará a usted diputado en estas elecciones y que usted llegará a ser mucho porque tiene usted mucho talento.

CÁND. Su papá me confunde.

LAUR. De ninguna manera. Lo que usted debe hacer es olvidar a esa que no le quiere y mirar en rededor por si encuentra usted un cariño verdadero.

CÁND. No tengo esperanza.

LAUR. No sea usted tonto. Mire; en una película de la casa «Milano» vi una vez un joven que recibía un desengaño. Era un joven muy simpático, como usted. De pronto se pone a charlar con una muchacha que no había tenido novio nunca.

CÁND. Así como usted.

LAUR. Justo como yo. Y a él le fué gustando mucho su amiguita y comprendiendo que ella le quería bastante, porque eso sí; él era muy listo, como usted. Ella como estaba enamo-

rada de veras, le oía lamentarse de su amor no correspondido y le consolaba, porque era muy buena.

CÁND. Así como usted..

LAUR. Eso es, como yo. Y se cansaron de hablar en una sala, porque las salas no inspiran nunca y él la ofreció el brazo... ¿Por qué no me ofrece usted el brazo?

CÁND. ¿Como él?

LAUR. Como él. Así. Y cogiditos y muy juntos se fueron a pasear por el jardín.

CÁND. Porque un jardín, de noche y con luz de luna es sitio propicio para la explosión de los amores. ¿Quiere usted que bajemos al jardín?

LAUR. ¿Como los de la película?

CÁND. Como ellos.

LAUR. Vamos, pues; pero no al jardín, sino al buffet.

CÁND. Así, juntitos.

LAUR. Yo apoyada en su brazo.

CÁND. Vamos. Esto es casi casi una película.

LAUR. ¿Qué título tiene?

CÁND. «Donde menos se piensa salta el amor». Cinecomedia en tres partes. Pathé Fréres. París. (Mutis derecha.)

ESCENA XI

AURORA y PEPE ROBLEDO foro derecha

AUR. Aquí no hay nadie. Puedes hablar. ¿Qué querías decirme?

PEPE Necesito hablarte, Aurora, para pedirte perdón.

AUR. ¿Para eso me has hecho salir del buffet?

PEPE Sí.

AUR. ¿Y qué es lo que te he de perdonar, si entre nosotros no hay ya nada de común?

PEPE Todo lo malo que he sido para ti; todo lo que mi cólera te ha ofendido.

AUR. Yo estoy muy alta y tus ofensas no llegan hasta mí. No tengo, pues, nada que perdonarte, como no sea el atrevimiento de volver a hablarme.

PEPE No me desesperes, Aurora. Piensa que mi actitud fué hija de mi cariño despechado;

que todo lo que encuentres en mí de cruel para ti no es otra cosa que cariño que cambia de aspecto según el modo con que tú le tratas, pero que siempre es cariño, aunque haya podido alguna vez llegar a parecerte odio.

AUR. ¡Ja, ja, ja! Serías un buen cómico. Matizas muy bien todos esos pasajes en que dices cosas que no sientes. No, en ti no hubo cariño ni odio. Lo mismo se puede ser grande por querer mucho que por odiar mucho, y tú has sido siempre muy pequeño.

PEPE ¡Aurora No digas que no te quiero. Este amor llena mi vida y fuera de él no veo horizonte ninguno que sonría a mi alma.

AUR. Ahora acabas de decir una verdad. Yo era para ti un horizonte risueño, pero no por la felicidad del amor, sino por la satisfacción del egoismo. No cambies los tonos.

PEPE Hablas así por mi conducta pasada, pero te equivocas al juzgarme. Yo he obrado mal, lo reconozco y por eso me acerqué a ti para implorar tu perdón y para devolverte lo que podía ser en mi mano arma de venganza. Te quiero y no tengo hoy más que un anhelo. Cortar el curso de la murmuración que yo desaté, con la noticia de nuestra boda que estoy dispuesto a anticipar sobre todas las fechas que teníamos pensadas. Así soy yo, Aurora, y puesto que yo rectifico mi actitud, tú debes también rectificar tu opinión. Toma tu carta

AUR. ¿Mi carta? Es imposible que la tengas tú. Yo se la había dirigido a un caballero.

PEPE Aurora, me ofendes, me enloqueces con esa crueldad.

AUR. No soy cruel, soy justa. Y creo que hemos hablado más de lo necesario. Le ruego a usted que desde este momento olvide que nos hemos conocido.

PEPE Pero ¿no comprendes que tengo tu porvenir en mis manos? ¿Olvidas que si no unes tu nombre al mío, no encontrarás quien te ofrezca el suyo?

AUR. ¡Ah, sí! La célebre carta que yo dirigí a un caballero y que ha venido a caer en manos de un rufián que quiere comerciar con ella. Para esta clase de negocios, usted que es

hombre ducho debe haber comprendido que es mejor guardar esa carta para venderla cuando crea que se la han de pagar a buen precio. En este momento yo no estoy decidida a comprar ese artículo.

ESCENA XII

DICHOS y ALFONSO foro derecha. Alfonso aparece en la puerta y al verlos va a retirarse, pero Aurora le llama

AUR. No, no te vayas.

ALF. Creí molestar.

AUR. Al contrario. Llegaste muy a tiempo, porque este caballero me hablaba de un negocio que solo le interesa a él.

ALF. Quizás pueda tratarlo conmigo más adelante.

PEPE Ignoro quién le da a usted derecho para hablarme así.

ALF. No suelo preocuparme en averiguar si tengo o no derecho, cuando se trata de imponer a los demás el cumplimiento de su deber.

PEPE Por mi parte no acostumbro a faltar a ellos y me extraña que usted se permita ese tono al dirigirse a mí.

ALF. Esas frases sientan muy bien en boca de un caballero, pero nada más que de un caballero.

PEPE ¡Don Alfonso!

ALF. ¡Sin nervios! Yo digo siempre muy tranquilamente cuanto necesito decir.

PEPE ¿Y si los demás no tienen la misma tranquilidad para escucharlo?

ALF. ¡Se la impongo! Y como era preciso que hablásemos, hablaremos ahora.

PEPE ¿Y por qué no solos?

ALF. Porque esta mujer, causa de la conversación, debe ser también su testigo. Y como ella ha recibido de usted una afrenta bochornosa, ella debe saber que entre todos hay un hombre que se levanta indignado para llamarle a usted canalla.

PEPE ¡Caballero!

ALF. ¡Sin nervios! Seamos caballeros. Tiempo nos queda de ser hombres.

PEPE ¡Basta! Tendré sumo gusto en que le visiten dos de mis amigos.

ALF. Y yo un placer infinito en recibirles.

PEPE Servidor de usted. (Se inclina y mutis.)

AUR. ¡Alfonso! ¿Qué has hecho? tengo miedo.

ALF. ¡No temas! ¡Confía! Yo te guardo. (Quedan abrazados.)

ESCENA XIII

DICHOS LAURITA y CANDIDITO por la derecha

LAUR. ... y paseándose juntos por las tranquilas alamedas...

CÁND. ... leyéndose en los ojos miles de promesas...

LAUR. ... formando planes azul y rosa para el porvenir...

CÁND. ... los dos amantes...

LAUR. ¡Calla! ¡Mira! ¿Será otra película? (Por Aurora y Alfonso.)

CÁND. Tal vez lo sea. Pero si lo es, será dramática. (Telón)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Lujoso despacho. Puerta al foro y una a cada lado. Sobre la mesa escritorio, un globo terráqueo. Muebles serios y elegantes.

ESCENA PRIMERA

CANDIDITO, DON FERNANDO y DON PEDRO

FERN. ¿De forma que será imposible verle hoy?

CÁND. En absoluto. Ha salido y es probable que no almuerce en casa.

PEDRO Para mí es también una contrariedad. Tenía que recomendarle un asunto urgente para mis electores.

CÁND. Quizás puedan ustedes verle luego en su despacho oficial.

FERN. Pues no le entretenemos más, señor Belis. Tanto gusto.

CAND. Servidor de usted.

PEDRO Adiós, señor Belis.

CÁND. Adiós, señor Castro.

(Mutis foro.)

ESCENA II

CANDIDITO, y a poco DON JAIME por la izquierda

CÁND. ¡Es imposible trabajar así. Las diez y he recibido ya más de treinta visitas.

JAIME ¿Despachó usted las visitas?

CÁND. Sí, señor.

JAIME ¿Qué dicen los periódicos?

CÁND. Los de la oposición siguen hinchando el tema del desafío.

JAIME Con caracteres de campaña de escándalo, ¿no es eso?

CÁND. ¡Sí, señor!

JAIME Es una infamia.

CÁND. ¿Quiere usted que se los lea?

JAIME No. Me indignaría mucho más. Es rastrero penetrar así en la vida privada de las gentes, apoderarse de un suceso vergonzante, convertirlo en arma política y querer arrastrarme al abismo envuelto en las redes de este gran escándalo.

CÁND. Pero, señor, no son más que una escasa minoría de periódicos los que...

JAIME Sí, ya lo sé. Cuatro, tres; pero ¿qué importa si escandalizan ofendiendo a los seres que yo más quiero?

CÁND. No los lee nadie.

JAIME Ordinariamente nadie los lee, tiene usted razón, pero estos sucesos tienen un gran público. Me indigna, me desespera.

CÁND. Yo también me indigno. Para estos casos establecería yo la censura.

JAIME ¿Hay noticias de Pepe Robledo?

CÁND. Dicen que la herida es importante, pero no tan grave como se creyó en un principio. ¡Y lo siento!

JAIME No diga usted eso. Este maldito desafío ha ha sido la causa principal del escándalo.

CÁND. Conforme. ¡Pero ya que llegó a verificarse e hizo inevitable el escándalo, siquiera que lo hubiera matado!

JAIME Le aseguro a usted, Candidito, que estoy pasando los más amargos días de mi vida. Es preciso que yo termine esta situación. (Toca un timbre.)

ESCENA III

DICHOS y CRIADO

(Entra el Criado foro.)

JAIME Diga usted a la señora y a la señorita que vengan. (Mutis el Criado izquierda.) Candidito, hágame usted el favor de hacer venir tam-

bién a mi hermano. Y dé usted, orden terminante de que no estoy para nadie.

CÁND. En seguida. (Mutis derecha.)

ESCENA IV

JAIME

(Al quedarse solo se aproxima a la mesa, coge un periódico, busca en él, lee y luego lo tira, diciendo.) ¡Qué asco!

ESCENA V

DICHO y ALFONSO derecha

ALF. ¿Qué hay, Jaime? Me ha dicho tu secretario que viniese.

JAIME Sí. Ahora hablaremos. He hecho también llamar a Aurora y Mercedes.

ALF. ¡Ah! ¡Vamos! Se trata de un consejo de familia.

JAIME Casi, casi. Ya están aquí.

ESCENA VI

DICHOS, AURORA y DOÑA MERCEDES izquierda

MERC. Aquí nos tienes.

JAIME Sentaos.

AUR. ¡Hola, Alfonso! ¿Has desayunado en tu cuarto?

ALF. No, no he desayunado hoy.

AUR. ¡Ah, ya! ¿Qué nos querías, tío?

JAIME Tratar todos juntos algo muy importante. No necesito hacer mención de lo que se trata, ya que este suceso lo llevamos todos en el alma marcado indeleblemente.

MERC. ¡Sin duda!

JAIME Nuestros nombres, nuestra casa, nuestro honor, ruedan hoy por la ciudad presos en un torbellino de murmullos que no son ya murmullos, de rumores que no son ya rumores, sino algarabía estrepitosa de gentes chillonas que comentan a gritos y que murmuran

a voces. Hemos llegado al escándolo, y como natural consecuencia hemos llegado al abandono. Nos evitan los amigos y las personas que nos visitaban a diario huyen ahora de nuestra casa como si aquí hubiese algo que manchara.

ALF. ¡Y lo hay!

JAIME ¿Tú crees que lo hay?

ALF. Yo, no. Ellos, sí. En esta vida, en esta vida vuestra, desde luego, en esta vida mundana, tal vez no sea necesario ser honrados si se tiene el talento de parecerlo. Y en este instante nosotros no lo parecemos.

JAIME ¡Verdad!

MERC. Pero no es posible dejarnos así cubrir para siempre con ese baldón. Es necesario levantar la cabeza.

JAIME Es más que necesario. Es imprescindible.

ALF. ¿Y el medio?

JAIME Para eso os llamo a vosotros, los culpables, para que ya que provocásteis el daño lo sepáis cortar.

AUR. ¿Nosotros somos culpables, tío? ¿Y de qué pecado podrás acusarnos?

JAIME Acusaos vosotros mismos. ¿Qué hiciste tú?

AUR. ¡Confiar! ¡Sólo eso! Confiar en la nobleza ajena ¿Y Alfonso?

ALF. ¡Yo, castigar! ¿Y el castigar es delito o es justicia?

JAIME Pues bien, pecados son esos de imprudencia. Tu confianza hizo un día vacilar el que fué siempre pedestal firmísimo de tu honor, y esa vacilación, recogida por un malvado y agitada por él a los cuatro vientos, desató las lenguas murmuradoras. Pero aun así, la tormenta era suave y el comentario un cuchicheo. Entonces pecaste tú queriendo castigar. Y ese maldito desafío fué el viento que impele a las nubes. En nuestro cielo estalló el trueno

ALF. Esto ha sido ignorancia mía. He oído siempre a los hombres pundonorosos hablar del campo del honor, donde se lavan las ofensas. Y yo acudí a ese terreno porque en nuestro nombre había aparecido una mancha. Fué ignorancia, lo confieso. Ya he aprendido que en el campo del honor no se lava nada. Es igual ser vencedor que venci-

do. La razón no brilla, la verdad no luce, y el ofendido regresa con el mismo barro de la ofensa. Créeme, hermano, si el honor admite tan convencionales mentiras, habrá que desconfiar hasta del honor.

AUR. ¡Cierto!

JAIME Desconfiad cuanto queráis, pero ahora salvemos el nuestro.

ALF. ¡No cuentes conmigo!

JAIME ¿Te consideras vencido?

ALF. ¡Sí! ¿Es extraño, verdad? Pues no te extrañe. Yo soy hombre de acción, espíritu fuerte, alma robusta; me apasiona la lucha y me enamora el combate. Mi mar no fué nunca el lienzo tranquilo de las bahías cerradas, sino los montes de plata y esmeralda de los mares abiertos que sufren el azote de los vientos crueles. La lucha es la suprema razón de la vida. El mar es para mí una fiera y la ola su zarpa. Me defiendo contra ella, esquivo sus zarpazos, preveo sus ataques. El temporal amaina y la borrasca pasa, que nada es eterno en la vida. Tal vez en la pelea he sufrido una herida en las carnes de mi barco, tal vez la zarpa me desgarró mástiles y jarcias, pero la fiera indómita y bravía quedaba al fin dominada y vencida, lamiendo dulcemente la quilla del navío. En esta borrasca que sufrimos, la fiera es la sociedad; su zarpa, es la calumnia. Pero yo no sé luchar contra estos fantasmones que se ocultan en las tinieblas, y hieren desde la sombra y matan con alevosía y ensañamiento. ¡No sé! ¡No sé!

AUR. No son ellos los que te vencen; es tu nobleza la que te rinde y te entrega. Si la vida es así, ruín, miserable y engañosa, la nobleza será el principal elemento de fracaso, arma que se vuelve contra uno mismo, coraza que se quiebra al primer golpe. ¿Cómo es posible ir noblemente a una lucha en la que el enemigo carece de nobleza? Luchar de esa forma es ir al desastre, es ir a la derrota; las luchas de la vida son luchas sordas, ocultas, subterráneas. De nada sirve el valor, de nada sirve la nobleza. El arma principal es la hipocresía y la astucia. Hay precisión de comer el terreno al enemigo sin que se aper-

ciba, hay que dar el golpe sin que se vea la mano, hay que disparar con pólvora blanca que no forme humo. No podemos con ellos, Alfonso, no podemos.

JAIME ¡Pues podré yo! No hay más que un medio.

AUR. ¿Pero hay un medio? ¿Y no lo has dicho?

JAIME Esperaba oirlo de vosotros.

ALF. ¡Si nosotros no lo hallamos!

MERC. ¡Habla, Jaime! Sálvanos, si es cierto que puedes.

JAIME No hay más que un medio. Que te cases, Aurora.

AUR. ¿Que me case? ¿Con quién?

JAIME Para el mundo, has caído por el amor de un hombre. Pues ese mismo hombre debe ser tu esposo.

AUR. ¡El!

ALF. ¿Casarla con él?

AUR. Pero... no, si no es posible que te haya oído bien... no puede ser que tú hayas dicho eso. ¡Casada yo con él! ¿Pero has olvidado lo que ese hombre es y lo que representa en mi vida?

JAIME Representa la reparación.

AUR. No. Representa un castigo.

JAIME Sería por parte del mundo el olvido.

AUR. Y por mi parte el recuerdo latente. Es imposible.

JAIME ¡Es preciso!

AUR. ¡Es imposible, te digo! Ese hombre que es la sombra de mi vida, no puede jamás ser la luz. ¿Y quieres condenarme a la negrura eterna? ¿Qué puede haber en mi alma para él? Rencores, indignaciones, odios. ¿Y quieres que viva constantemente la vida del odio y del rencor? No es posible que tú pretendas eso. Ese hombre ha destrozado las fibras todas de mi alma y me ha herido más brutalmente que si hubiese desgarrado mi carne de un balazo o de una puñalada. Ha hecho de mi honor un amasijo indigno y lo ha lanzado a la calle para festín de cuervos y de perros hambrientos. Ha formado en torno mío un clamor de murmullos canallas, un cuadro de sonrisas alevosas y un marco de miradas ávidas. ¿Y a este hombre indigno quieres unir mi vida? ¿Pero acaso ignoras que nuestro primer abrazo sería el

último, porque habría de ser un abrazo de desesperación y de muerte? No. Yo unida a él, nunca. Prefiero la vergüenza, prefiero la deshonra.

JAIME ¿Habéis oído? ¿Qué piensas tú, Mercedes?

MERC Que está ofuscada, que no sabe lo que dice.

JAIME ¿Y tú, Alfonso, qué opinas?

ALF. Que tiene razón. Nunca he creído que una deshonra, verdadera o falsa, se lave con el suicidio.

JAIME ¡Basta! No quiero oír a ninguno de los dos. Vamos, Mercedes.

MERC. Ten calma. Ya razonarán.

JAIME ¡Vamos! (Mutis izquierda.)

ESCENA VII

AURORA y ALFONSO

(Pausa. Aurora sentada en primer término. Alfonso pasea un momento y va a sentarse en una butaca al foro.)

ALF. ¿Y qué vas a hacer?

AUR. No lo sé, pero eso no lo acepto.

ALF. Tampoco yo, y como no puedo aclimatarme a este ambiente, me voy.

AUR. ¿Te vas?

ALF. Hoy mismo. Mi barco está de nuevo en Barcelona y voy a hacerme cargo de él.

AUR. ¿Me abandonas?

ALF. No me necesitas.

AUR. Sí te necesito. Yo no sé por qué razón, Alfonso, creo firmemente que de hoy más no tengo otro amparo que tú ni más defensa que la tuya.

ALF. No puedo defenderte, porque no encuentro forma. Hace unos días sí vi una, clara, contundente. Y me acerqué a ti y te miré a los ojos y te dije: te quiero, Aurora. Yo creí que casarte conmigo era la salvación buscada. Y al ofrecértelo, no lo hice en sacrificio por salvarte, sino que lo hacía por egoísmo de mi amor.

AUR. Y ese «te quiero» que tú dijiste mirándome a los ojos, encontró en el fondo de ellos otro cariño igual. Pero yo no podía ser tu mujer. Yo no tengo derecho a partir contigo el ba-

rro que me rodea hoy. Los que ahora murmuran de mí, después hubieran mormurado de los dos, y queriendo yo formar para ti una corona de amor, formaría tan solo una aureola de ridículo.

ALF. Es verdad, porque nadie es lo que es, sino lo que los demás quieren que sea. Ni buenos ni malos, porque lo seamos efectivamente, sino porque los demás lo dicen. Lo que dicen los otros es la única verdad.

AUR. Y tú no hubieses sido más que lo que los otros dijeran que eras. Por eso, aun queriéndote mucho, te rechacé, y esto es un triunfo de mi voluntad sobre mi alma.

ALF. Eres una mujer fuerte. Tu alma es firme. tu espíritu sereno, tu voluntad indomable, ¡Qué lastima!

AUR. ¿Lástima de qué?

ALF. De que vivas en este ambiente. No es este tú medio. No eres tú flor de estufa.

AUR. Tal vez.

ESCENA VIII

AURORA, LAURITA, ALFONSO y CANDIDITO, foro

LAUR. (Entra precipitadamente; corre a buscar a Aurora y la abraza y la besa.) ¡Aurora!

AUR. ¡Laurita! ¡Tú! ¿Pero qué es esto?

LAUR. Te sorprende, ¿verdad?

AUR. ¡Naturalmente!

LAUR. Tenía muchos deseos de verte. A Cándido se lo he dicho varias veces.

CÁND. ¡Muchas veces!

LAUR. ¡Oh, don Alfonso! Perdone usted que no le haya saludado. Me ha dicho Cándido que se va usted hoy.

ALF. Sí, hoy mismo.

LAUR. ¡Al mar! ¡Qué encanto! ¡Qué hermosas deben ser las noches de luna en el mar!

AUR. Pero explícame, chiquilla.

LAUR. ¿Qué he de explicarte? ¿Mi presencia aquí? ¿Pero acaso crees que yo soy como las demás?

AUR. ¡Ah! ¿Tú no dudas de mí?

LAUR. ¡Nunca! Te creo santa, tan santa como te conocí, tan pura como siempre. Y no ven-

go, porque me lo han prohibido; pero esperaba siempre la ocasión. Y la ocasión se ha presentado hoy. He salido sola con mi institutriz, y al verme en la calle, pensé en ti, en nuestra amistad, en lo sola que debías hallarte, y dije: ¡Voy allá! Voy a llevarla un beso y un abrazo profundamente sinceros.

AUR. Y no sabes qué alegría más grande has traído a mi alma. Esto no te lo pagaré nunca.

ALF. ¡Es usted muy buena, Laurita!

CÁND. ¡Oh! ¡Extraordinariamente buena! Si usted supiera cómo sabe hacer la felicidad ajena.

LAUR. No, no es eso. Es que yo no creo, no he creído jamás que Aurora fuese mala. Y mira, no creas que tu caso es el único caso. Ha habido tantos inocentes acusados de delitos horrendos. Y hasta algunos fueron condenados a penas terribles, porque el mundo es ciego, la justicia es ciega y ni el uno ni la otra ven más allá de sus narices. Mira, sin ir más lejos, recuerdo «Sin pecado alguno»; este es el título de una cinta de la casa Vitagraph. En el primer episodio nos hallamos ante una mujer a quien persigue la envidia de una rival en amor.

CÁND. Sí, porque las dos están enamoradas de un millonario que a quien quiere es a la buena.

LAUR. Pero la mala no alberga otro propósito que el de asesinar a la buena o perderla, para que el millonario la olvide. Y la mala envía a la buena un ramo de flores envenenadas.

CÁND. Eso es en el segundo episodio.

LAUR. ¡Ah! Pero hay un personaje que desconfía de aquella mujer y apoderándose del ramo lo arroja por un balcón.

CÁND. Sin tener en cuenta que puede cogerlo un guardia y morirse.

LAUR. La mala agota todos los medios para deshacerse de su rival.

CÁND. Y hace volar un puente para que la buena, que va en automóvil, ruede al fondo de un barranco.

LAUR. No, hijo mío. Eso es «Junto a la muerte», una película de Norden. Y quien va en el automóvil no es una mujer, sino un detective.

CÁND. ¡Ah, sí! ¡Me hago un lío!

LAUR. En vista de que no consigue la muerte de su rival, la mala levanta una calumnia y consigue colocar a la buena en una situación parecida a la tuya. Todos murmuran de ella y la dejan sola, aislada, sin más compañía que su propia conciencia. Pero como su conciencia está limpia, *sin pecado alguno*—ahí tienes explicado el título—ella se encuentra grande y ampliamente acompañada. Esto ocurre en el cuarto episodio. Hasta que en el quinto la verdad triunfa, la virtud resplandece, el sol de la justicia destruye las sombras que forjó la calumnia y la pobre inocente recobra el cariño de todos y la estimación que lloró perdida.

CÁND. Es cierto. Y además se casa con el millonario.

LAUR. Eso es, justo, en el sexto episodio se casan. ¡Y qué bonito es aquel cuadro de la estación, cuando los novios, tan felices, tan contentos, suben a un vagón de primera y el tren se pone en marcha hacia otras tierras, hacia otra vida. La máquina parece también contenta, también feliz y su hermoso penacho de humo blanco envuelve el vagón de los novios como en un nimbo inmaculado de gloria y de pureza.

CÁND. Y hasta hay allí un guardabarrera que se sonríe.

LAUR. Sí, se sonríe mientras el aire agita el banderín verde, que es color de esperanza.

ALF. ¡Qué felices sois!

AUR. Y qué extraordinariamente felices pueden ser, ¿verdad, Alfonso?

LAUR. Porque somos buenos. Los buenos son siempre felices.

AUR. ¿Tú lo crees?

LAUR. Lo he leído en todas las novelas y lo he visto en todas las películas.

AUR. Pero la vida no es igual en los libros que en la vida.

LAUR. Igual. ¿Vas a dudar de Pérez Escrich? ¿Y de Luis de Val? ¿Y de Fernández y González?

CÁND. ¿Y va usted a dudar de Gaumont? ¿Y va usted a creer que Pathé no es una buena persona?

LAUR. Eso es. Repasa, repasa a «Milano Films» y a «Norden» y a «Vitagraph» y a «Cines» y acabarás sabiendo tanto como nosotros de las gentes y del mundo. Y además confía. Tú recobrarás todo cuanto has perdido. ¡Oh! ¡Si supieras las veces que se ha visto en casos parecidos la Bertini! ¡Y ha triunfado! ¡Ya lo sabes! Confía. Don Alfonso, le deseo a usted unos encantadores viajes. ¡Qué ganas tengo de viajar!

ALF. ¡Venga usted!

LAUR. De buen grado; pero no soy yanqui ni inglesa. ¡Ah! Si fuese yo Lucile, le acompañaba a usted al fin del mundo. Pero soy Laurita, Laurita nada más. ¿Verdad que esto no suena a extravagante ni intrépido?

ALF. Suena a mujer ingenua y encantadora.

LAUR. Mil gracias; pero no suena. Si me llamase Ketty, Mary, Alice, cualquier cosa de esas, entonces sí. Además mi apellido es Vargas.

CAND. Tampoco suena.

LAUR. Tampoco. Para cruzar el mar y atravesar los desiertos y recorrer las estepas y profanar las selvas vírgenes, sería preciso llamarme Harrison, Moore, Wetman, Watson... ¡Feliz viaje, don Alfonso!

ALF. La recordaré a usted siempre.

LAUR. Y tú confía. Ya lo sabes.

AUR. ¡Confiaré! Siquiera por la fe que pones en tus palabras.

LAUR. Y hazme caso. Repasa, repasa a Gaumont, Cines, Milano, Vitagraph. Dame un beso. ¡Adiós! Cuando me pueda escapar volveré. ¡Adiós! (Mutis foro, seguida de Candidito.)

ESCENA XI

AURORA y ALFONSO

ALF. ¡Qué encanto de criatura!

AUR. ¡Y qué ingenuidad alegre y bulliciosa la suya! ¿Creerás que me ha contagiado?

ALF. ¿Te ha puesto alegre?

AUR. No tanto. Pero me ha hecho olvidar un instante

ALF. ¡Bendito instante y bendita ella que así

sabe llegar hasta tu alma y poner un consuelo en tu dolor! ¡Bendita porque aun no sabe de envidias ni de egoísmos; porque su inocencia y su candor la separan de ese ambiente malsano del mundo!

AUR. Pero entrará en él. Y ya verás entonces cómo las alas de su espíritu se achican y se esfuman.

ALF. Y la harán mala sin decirle que lo sea. Lo será, lo ha de ser en cuanto necesite defenderse. ¡Aquí del egoísmo! (Pausa. Alfonso va a sentarse en un extremo y ella junto a la mesa.)

AUR. (Como hablándose a sí misma.) ¡Es verdad!

ALF. ¿El qué?

AUR. Lo que dijiste hace un momento del egoismo.

ALF. ¿Pensabas en eso?

AUR. Sí.

ALF. Me has desilusionado, porque creí que pensabas en mí.

AUR. Y en ti también En este instante, pensando en el egoísmo, pienso en ti.

ALF. ¿Soy egoísta acaso?

AUR. También. Egoísmo es el tuyo abandonándome así a la soledad en la desgracia.

ALF. ¡Quedarme sería peor! ¿No hemos acordado que no podemos querernos?

AUR. ¡Querernos, sí!

ALP. En secreto y de lejos. Unir nuestras vidas nos ha parecido imposible.

AUR. ¡Y lo es!

ALF. ¡Entonces!...

AUR. Y aquí habla tu egoísmo, y dice: ¡Al mar! ¡Huyamos del sacrificio, de la tortura! ¡Qué suerte única y extraordinaria la de los hombres! Cuando os amaga un dolor podéis buscar presurosos el remedio. Compara entre tú y yo. Tú marchas a buscar el medio que te es grato, las gentes que te son afectas; el cigarro, tu mejor amigo; la botella de wisky, tu amiga única Y como este es tu ambiente propio, él sabrá dar paz a tu espíritu y sosiego a tu alma; a tu alma, que podrá después recordar tranquila y blandamente que un día zozobró entre mis miradas y entre mis sonrisas.

ALF. ¿Crees que podré olvidar?

AUR. Y yo quedo aquí, aislada de las gentes, pre-

sa voluntaria en mi cuarto sintiendo la hostilidad ajena que me espera tras los muros; vencida, aniquilada; sin alas, porque la llama de la calumnia me las consumió; sin alma, porque la habrás llevado tú a recorrer el infinito de los mares; sin vida, porque no podrá yà ser vida lo que resta en mí. No... no lo será... Siento un desmayo que me acaricia, una languidez infinita que me invade. Y es que mis energías se extinguen, mi voluntad se pierde. ¿Qué podría ser yo mañana sin voluntad... sin alma?... Seré... ¡Bah! ¡Seré una negación! (Pausa.)

ALF. ¿Hay cigarros en esa mesa?

AUR. ¿Aquí? No sé... Sí, aquí hay.

(Alfonso se levanta, va hacia la mesa, coge un cigarro y lo enciende. Se sienta al otro lado de la mesa.)

ALF. ¡Y yo seré una afirmación! Yo no he necesitado interrogarme nunca. Tampoco me pregunté si te quería. No hice más que afirmármelo. Y te juro que tampoco me pregunto si debo abandonarte. ¡Afirmo!

AUR. ¿Que debes abandonarme?

ALF. ¡O llevarte! Y si dudo, culpa a ti misma, culpa principalmente a tus ojos. (Apartando el globo terráqueo.) Permíteme que aparte un poco el mundo que se ha interpuesto entre los dos y no me deja verlos. ¡Así! ¡Ahora los veo! Tus ojos no me han dejado todavía leer claro Son luminosos y son sombríos. Tienen la claridad diáfana de todos los cielos y la negrura pavorosa de todos los abismos. Son ojos extraños, de revelación y de misterio, místicos y pasionales, lánguidos y vehementes. Lo son todo en una mezcla confusa que me hace pensar al mismo tiempo en la gloria y en el caos, y no he podido aún saber si son tus ojos los ojos que lloran y perdonan o los que brillan y matan. Y esa confusión es la que me hace dudar.

AUR. ¡Pero si no soy yo! ¡Si yo sería todo cariño para ti! ¿Pero y los demás?

ALF. ¡Es cierto! Yo quise que nos pusiéramos al margen del mundo, y apartándolo pude ver tus ojos. ¡Tú vuelves a llamarlo! ¡Toma! Ahí lo tienes interpuesto otra vez entre nosotros, eclipsando la luz de tus ojos para que no llegue hasta mí. ¡Si fuera posible apartar

nuestro mundo tan fácilmente como esta esfera! (Pausa. Alfonso juega con la esfera, haciéndola girar.)

AUR. ¿Qué miras?

ALF. Comparo tu mundo con el mío. El tuyo son estas pequeñas manchas amarillentas. El mío estas otras verdosas y grandes. Es tres veces más grande que el tuyo. En el tuyo hay llanuras, montañas y barrancos, y es preciso mirar al suelo para evitar el peligro; hay que escalar, hay que arrastrarse muchas veces. El mío es una superficie plana. Por él se avanza recto, erguido, con la mirada alta.

AUR. ¡Por eso no lo cambias!

ALF. ¿Quieres que te señale la ruta que voy a seguir?

AUR. Sí.

ALF. Mira. Aquí está Madrid, en una meseta árida y fría. Desde Madrid a Barcelona habremos caminado describiendo curvas como los reptiles, arrastrándonos por las pendientes, abriendo heridas en los montes para atravesarlos. Yo, que huyo, me sentiré casi feliz al verme ante el lienzo azul del Mediterráneo. Hénos ya en mi barco que leva anclas, que suelta amarras y que zarpa. Navegamos rápidos porque aun percibimos a estribor la línea gris de la tierra que no hemos abandonado bien, porque aun vemos de noche las luces de los faros que nos buscan, que nos espían. ¡El estrecho! Aquí, dos lenguas de tierra avanzan como si quisieran unirse para sujetarnos y retenernos; pero el mar bravío se abre paso hacia la inmensidad del Océano. ¡Al fin! Y la tierra se borra. Ya no es más que una sombra. Ya no es más que una nube. ¡Ya no existe! Y la grandeza infinita de los mares y de los cielos nos lava de las impurezas que trajimos de las tierras. ¡Libres al fin!

AUR. Pero al final de esa ruta hay otras tierras. ¡Mira! ¡América!

ALF. Pero son tierras jóvenes, fuertes, sanas. Es un mundo nuevo. Vivir en él no es continuar, sino renacer. Nosotros naceríamos allí a una nueva vida, sin recuerdos amargos, sin dolores pretéritos.

AUR. ¡Qué hermoso sería!
ALF. ¡Aurora! ¡Mírame! ¡Así! ¡Ven conmigo!
AUR. Sí, Alfonso Huyamos para siempre.
ALF. ¡Al fin tú eres también una afirmación!

ESCENA XII

DICHOS, DON JAIME

JAIME ¿Qué? ¿Estais más tranquilos?
ALF. Estamos perfectamente.
JAIME ¿Habéis reflexionado?
AUR. ¡Mucho!
JAIME ¿Y qué?
ALF. Que Aurora se casa.
JAIME ¿Lo ves? ¡Si tenía yo razón!
AUR. No, porque no me caso con él.
ALF. ¡Se casa conmigo!
JAIME ¡Qué! Pero y después... Las gentes dirán...
AUR. ¿Y qué nos importan las voces que no hemos de oir más?
ALF. No temas, hermano. ¡Huímos! Y ya te enviaré una estadística de las millas que el navío de nuestro amor recorra por el mar de la felicidad.—(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Francisco García Pacheco

Huéspedes tranquilos, sainete lírico en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro Martín.

El Tirano, zarzuela en un acto. (1) Estrenada en el teatro de la Zarzuela.

La poesía de la reja, apunte de sainete en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro Eslava.

Amores de aldea, comediá lírica en dos actos y cinco cuadros. (1) Estrenada en el teatro de la Zarzuela.

¡¡Abajo los solteros!!, fantasía cómico-lírica-gubernamental, en prosa. (1) Estrenada en el teatro de Novedades.

La Giraldina, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro de Novedades.

Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (2) Estrenado en el teatro de Novedades.

El coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa. (2) Estrenada en el teatro Martín.

La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa. (2) Estrenado en el teatro Infanta Isabel.

El sitio de Gerona, juguete cómico-peliculero en tres actos. (3) Estrenado en el teatro Infanta Isabel.

Lo que dicen los otros, comedia en tres actos. (2) Estrenada en el teatro Infanta Isabel.

---

(1) En colaboración con don Juan G. Renovales.

(2) Idem íd. con don Luis Grajales Lacalle.

(3) Idem íd. con don Luis Candela.

Obras de Luis Grajales

El mejor amigo..., comedia lírica en un acto. Estrenada en el teatro de Novedades, de Valencia. (1)

Loca de atar, comedia en un acto. Estrenada en el teatro Grand Palais, de Valencia.

El fin de la tiranía, drama en cuatro actos. Estrenado en el teatro de la Princesa, de Valencia.

Mont du-Midi, juguete cómico en un acto. Estrenado en el teatro de la Princesa, de Valencia.

La cuarta plana, sainete lírico en un acto. Estrenado en el teatro Barbieri, de Madrid. (1)

Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto. Estrenado en el teatro de Novedades, de Madrid. (3)

oloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa. Estrenada en el teatro Martín. (3)

La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa. Estrenado en el teatro Infanta Isabel. (3)

Lo que dicen los otros, comedia en tres actos. Estrenada en el teatro Iufanta Isabel. (3)

---

(1) En colaboración con don Federico Trujillo.
(2) Idem con don Enrique Bohorques.
(3) Idem con don Francisco García Pacheco.

Precio: DOS pesetas